

Testimonio

Magda García

Fue en mayo del 2014 que acudí al Hospital Civil, con 7 meses de gestación con 32 años de edad. Ahí le expliqué al ginecólogo que bañándome detecte una bolita en el seno derecho, como una semilla de lenteja dura, sin dolor y sin movimiento. La doctora me palpó y me dijo que sólo se trataba de grasa o leche acumulada a causa del embarazo, que cuando naciera el bebé la bolita desaparecería.

Nace el bebé en julio 2014 y tras un par de meses de lactancia vuelvo a acudir con la doctora y de nuevo insisto con la bolita que sigue ahí, no sentí ningún cambio, pero seguía ahí. La doctora dice que cuando termine la lactancia desaparecería la bolita.

Mi bebé cumple 1 año 2 meses, lo sigo tocando y acudo con otra doctora del centro de salud, un médico familiar. Le comenté de la bolita, me palpa y me hace saber que eso no está bien, me manda hacer un ultrasonido mamario para descartar anomalías lo más pronto.

30 de septiembre de 2015 me mandaron hacer un ultrasonido con el radiólogo y el me da la primera conclusión: condición fibroquística, micro calcificaciones y bordes irregulares. BIRADS 4a.

Me dijo que le diera seguimiento inmediato, y que con la conclusión que anotó en el resultado me darían pase a una mastografía para descartar algo maligno. Salí del consultorio y rápidamente busqué en el internet las interpretaciones del resultado del doctor. Creo que fue el primer error que cometí, dejarme llevar por todo lo que se dice en el Internet, imaginando lo peor: cáncer.

Me veía prácticamente muerta y enterrada, con mi familia destruida, con mis hijos solos con una vida que ya no tenía esperanzas para mí. Comencé a sentir como si en ese momento estuviera pagando todos los errores de mi vida. Como si Dios se hubiera olvidado de mí. Estaba angustiada preguntándome cuánto me quedará de vida. Pero en el fondo necesitaba saber y que me dijeran que había solución.

Lleve el resultado a la doctora del centro de salud y sólo me dijo: sé fuerte, me abrazó y en ese momento sentí que me caía por un abismo, tuve miedo y lloré. Ella misma me había dado la noticia de mi embarazo y ahora ella misma me hacía saber que era muy probable el cáncer. No había más que decir, sus ojos me lo dijeron todo, y me anotó los datos de una doctora especialista en mamas: Dra. Lietza Ríos. Saliendo del centro de salud fui directamente con la Dra. Lietza Ríos y sólo le bastó ver el ultrasonido para darse cuenta que era cáncer. Me agendó al siguiente día para la mastografía.

Fue la peor noche de mi vida. Llegó mi esposo del trabajo, le platicué que asistí al doctor y sus ánimos y semblante cambiaron por completo. Me dijo que todo iba a estar bien y que sólo teníamos que corroborar con la mastografía que no sería nada malo. Yo le decía que sería fuerte. Pero por dentro el alma se me quebraba quería gritar, quería salir corriendo, quería que me abrazara hasta olvidar todo y despertar de esa pesadilla. Jamás mi vida volvió a ser la misma desde esa noche. Jamás sentí tanto miedo, no pudimos dormir en toda la noche, me paré mil veces a ver a mis hijos dormir los arropaba y le pedía a Dios que todo saliera bien.

Al siguiente día muy temprano me alisté para la mastografía. Mi madre me acompañó. El resultado me lo dirían por la tarde. Fueron las horas más largas de mi vida. En el fondo ya lo sabía, pero tenía la pequeña esperanza de que mis presentimientos fueran incorrectos, no quería escuchar la palabra cáncer, no quería morir.

Mi esposo y mi madre me acompañaron por el resultado y la doctora fue muy amable en su manera de decirme que todo apuntaba al cáncer. Aún sin antecedentes familiares y a mi edad yo estaría debutando con la enfermedad. Mi esposo en ese momento me tenía agarrada de la mano, yo sentí que la respiración se me cortaba, y una fuerte opresión en el pecho, pero no podía quebrarme en ese momento. Me sentí encadenada, creo que era lo más parecido a estar preso dentro de tu propio cuerpo, fue un resultado que paralizó mi vida. No sé de donde ni como, pero me mantuve firme, me hice la valiente en todo momento para que mi familia no lo sufriera como yo. Quería demostrarles que estaría bien. La doctora me platicó de otros casos y otras experiencias que ella había tenido y me dijo: "Yo te veo disfrutando a tus hijos y a tu familia sólo hay que ser fuerte positiva y no rendirse" .

El resultado de la mastografía fue BIRADS 5, que significa que el hallazgo fue maligno, y se despidió diciéndome: "Desde hoy formo parte de tu equipo, quiero que cuentes conmigo para todo y quiero estar pendiente de ti". Me programó para una biopsia, porque era necesario saber el tipo de tumor y en qué grado se encontraba. El resultado me lo entregaría 12 días después. La incertidumbre sería insoportable, aún tenía la pequeña esperanza de que la doctora se hubiera equivocado.

Saliendo del consultorio dejamos a mamá en su casa. Yo seguía firme, tranquila, y mi madre dándome ánimos. Y todo el apoyo de la familia me hizo saber que estarían al pie del cañón para apoyarme con mis hijos, y me dijo que yo iba a ser una vencedora de esa enfermedad. Mi madre no podía ni pronunciar la palabra cáncer el llanto le atoraba las palabras.

Cuando por fin nos quedamos solos mi esposo y yo, rumbo a nuestra casa, mi esposo no aguantó más y soltó en llanto. Y me dijo que no quería perderme, que no lo iba a soportar, que tenía mucho miedo. Me pidió que luchara, que no me dejara vencer, que él estaría ahí en todo momento, que mis hijos me iban a necesitar, y que teníamos mucho que conocer. Creo que es la primera vez en mi vida que veo llorar a un hombre así. Sentimos terror, llegamos a casa y hablé con mi hijo de 11 años.

Fue difícil hablar con él del cáncer, no porque sea un tema tabú, si no porque duele aceptarlo y enfrentarlo. Me aguanté las ganas de llorar, y de abrazarlo, y decirle lo aterrizada que estaba. Le dije en cambio que yo era de titanio y que fue detectado a tiempo, así que yo estaría bien y que lo lograría vencer. Nunca podré olvidar la mirada de mi hijo escuchándome hablar. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no las dejó caer. Se quedó callado y serio, luego me dijo que si me quedaría calva le dije sí, pero el cabello crece pronto. Yo solo deseaba volver el tiempo atrás y no estar viviendo ese tormento. Conocíamos de la enfermedad en teoría, pero vivirlo en carne propia era lo más aterrador que podía sentir. Hasta el día de hoy me repito que soy de titanio. Y quiero seguir siéndolo por el resto de mi vida.

Mi vida tomó un rumbo completamente distinto desde el resultado de la biopsia. Ya estaba confirmado el cáncer. Ahora se trataba de tener valor para enfrentar todo el proceso. Mi familia entera me cobijó en oraciones, en apoyo económico, moral y hasta

psicológico. No podía pedir más que ponerme en las manos de Dios y por ningún motivo voltear atrás. Y el día en que pensara en que no podía seguir, recordar que el equipo que ya había formado era tan inmenso, capaz de hacerme levantar, aunque el dolor se burlara de mí, aunque el cambio de vida fuera drástico, siempre tendría el apoyo incondicional de la familia entera en este proceso que ha sido pacientemente cruel.

Tuve la oportunidad de conocer a Lorena Soto, una sobreviviente de cáncer con un tipo de carcinoma en una etapa más avanzada que la mía. La vi tan llena de vida, tan bien, que desde ahí no he podido dejarme vencer. Fue como un ejemplo a seguir, como la persona que llega en el momento justo.

Llegué a creer que moriría. Luego pensé que, si quedaba viva, quedaría cruelmente mutilada, pero después de conocer a Lorena Soto y su experiencia en el InCan dije: "Y yo quejándome de lo mío! Con la grandiosa oportunidad de atenderme en el InCan." ¡Cuando me paré frente al edificio del InCan sentí pavor! Era como, entra tu primero y si no te muerde una bruja entro yo. Después de la primera cita en el InCan mi perspectiva cambió, y ahora era como mi refugio, mi protección.

Ojalá todas las mujeres que padecen esta enfermedad pudieran tener la oportunidad de tratarse como yo la tuve, y donde ahora tengo la certeza que si me aplico podré llegar a conocer a mis nietos.